supremo en el animoso é incorruptible Brancaccio, que no poco lo deseaba. Pero hombre más de guerra que de astucia y de sagacidad, y poco favorecido por la fortuna en las empresas que habia tentado desde que tomó como maestre de campo el mando de la sublevacion, se vió con despecho grande pospuesto al villano de ménos valer. El pueblo en una tumultuosa junta, con el acierto que suele, elevó á Genaro Annese, desde el insignificante gobierno del torreon del Cármen, al alto empleo de que acababa de caer don Francisco Toraldo, príncipe de Massa, uno de los primeros señores del reino. Y obteniendo el mismo dia 22 de octubre, por sorpresa, una votacion unánime de todas las utinas confirmando la eleccion, tomó inmediatamente el zafio é ignorante maestro arcabucero el título de Generalísimo, y la posesion del encumbrado puesto en que, no su capacidad que era limitada, ni su valor que era ninguno, ni su astucia que era corta, sino un capricho de la ciega fortuna le colocaba; con una especie de proclama firmada por él, y refrendada por Vicente Andrea.

Era este improvisado secretario abogado, por supuesto, versado en las argucias del foro, y con gran clientela en el populacho. Y empezó desde aquel dia con pedantesca verbosidad y arrogancia á reproducir la idea de establecerse en república: recordando que ya Nápoles lo habia sido, y pintando con gran copia de sofismas y de ejemplos históricos mutilados, las ventajas del tal sistema, y la ventura de los tiempos en que se ensayó en el país. Sus peroratas acabaron de romper los ya escasos y harto relajados vínculos que aun ligaban aquel rico Estado á la corona de España. Y conviene saber, aunque no sea de este lugar, que luégo fué el mismo Vicente Andrea uno de los que más eficazmente contribuyeron al restablecimiento absoluto del dominio español, de lo que fué largamente remunerado (1).

Desabrido Brancaccio con el nuevo generalísimo, y muy mortificado con que el secretario leguleyo, con la audacia que da este carácter, se entrometiese tambien en los consejos de guerra, manifestó resuelto que renunciaria á toda intervencion en la direccion de ella, si no la dejaban completamente en sus manos. Con lo que Genaro Annese, conociéndose con escaso saber en la materia, y temeroso de disgustar á los muchos veteranos, que formaban el verdadero nervio de las tropas populares, y que eran partidarios del viejo maestre de campo, declaró que sólo á éste pertenecia el mando de las armas y la direccion de las operaciones militares. Pero unos y otros quedaron desazonados, empezando desde luégo á no ser tan grande ni tan compacto el poder del nuevo generalísimo, ni tan íntima y estrecha la union de los distintos elementos de aquella trabajada sociedad.

El general Tuttavilla entre tanto maniobraba para cerrar el bloqueo de la ciudad, ocupando y defendiendo los casales circunvecinos; y salió á impedir la operacion, con considerable golpe de populares, Jaime Russo, hombre resuelto, y no ignorante en la guerra. Empezó atacando unas casas fortificadas, defendidas por el capitan don Ignacio de Retes con cincuenta españoles; los que se portaron con tanto esfuerzo, que deteniendo muchas horas al enemigo, dieron tiempo á Tuttavilla para reunir sus fuerzas y caer sobre los napolitanos; mas estos aprovechando las ventajas del terreno se dieron tan buena maña, que empeñaron un reñido combate. Derribó una bala al marqués de Longarino que estaba al lado del general Tuttavilla, con una sobreveste del mismo color, y con un penacho igual en la cimera; y creyendo que el general era el muerto, perdieron ánimo las tropas reales, y huyó á toda brida la caballería la vuelta de Aversa, publicando la pérdida del valeroso caudillo. Aprovechó grandemente Jaime Russo el momento de aquel desórden, cargando con intrepidez. Y aunque los soldados españoles, repuestos algun tanto y alentados por el bizarrísimo marqués de San Giuliano, mejoraron de terreno é hicieron prodigios, llevaron lo peor de la jornada, y retiráronse á favor de la noche, dejando á los enemigos artillería, bagajes, y crecido número de prisioneros, que fueron pasados á cuchillo. El victorioso jefe popular volvió ufano á Nápoles, mostrando satisfecho al pueblo los despojos de la victoria, y las cabezas de los rendidos, entre las que todos querian reconocer la del general Tuttavilla, la del duque de Maddalone, y las de otros personajes temibles ú odiosos.

En tanto en Aversa fué grandísimo el abatimiento con la noticia del descalabro, aunque grave, muy abultado por los fugitivos; pero la llegada de Tuttavilla sano y salvo, y la relacion verdadera de lo acaecido, calmaron los ánimos y restablecieron el órden.

Brancaccio en Nápoles intentó varias acometidas, que no tuvieron feliz éxito. Una de ellas fué otra mina en la calle de Saponari contra el convento de la Nuova, que no tuvo mejor resultado que la dirigida por el infeliz Toraldo.

(1) De Santis.

Genaro Annese publicó un bando contra los barones armados, con pena de la vida para el que no acudiese en un corto plazo á servir al pueblo. Y el duque de Arcos, por no quedarse atrás, publicó otro en sentido contrario. Y es menester decir en honor suyo, que despues de la muerte de Toraldo salió varias veces, ya á caballo ya á pié, á reconocer, como debia haberlo hecho desde el principio, los puestos; á dar por sí mismo las disposiciones, y á animar con su presencia á los soldados, que se estaban sacrificando inútilmente por llevar á cabo sus mal meditados planes.

Creia Tuttavilla, con razon, que su autoridad no era tan respetada como á las operaciones de tan difícil guerra convenia, por los barones y caballeros, que con sus vasallos armados y mantenidos á su costa, ó con bandidos de su devocion, formaban aquel ejército colecticio, y por consiguiente indisciplinado; y temia que cada uno de aquellos personajes desease hacer el *condottiere*, y guerrear por su cuenta; creencia y temor que le quitaban la energía que da la confianza. Quejóse varias veces de su embarazosa posicion. Y sabido por los barones, determinaron por el bien comun, y poniendo aparte sus aisladas pretensiones, asegurar á Tuttavilla con escritura pública, documento muy curioso, su ciega obediencia, y que tenia las facultades necesarias para gobernarlos. Provisto de esta nueva é inusitada autorizacion, que pinta al vivo el desórden de aquellos tiempos, pasó muestra el sesudo general á las fuerzas con que acudian los barones. Conoció lo escaso de ellas y su mala calidad, y avisó al Virey para acabarlo de desengañar de lo errado de sus cálculos y de sus esperanzas. Trató de fortificar á Aversa lo mejor que pudo, y organizó como le fué posible aquellas tropas, saliendo de nuevo á campaña para seguir cortando los socorros á la sublevada capital.

En ella empezaba ya á conocerse la imposibilidad de apoderarse de los puestos fortificados, que de hecho la dominaban. Y como hijas del desfallecimiento por tantas tentativas malogradas, y por la prolongacion de una situacion tan penosa, á que no se le veia fin, empezaron á circular voces en las reuniones populares, que manifestaban deseo de un acomodo con los españoles, con tal que fuese mediador el Pontífice, y se asegurasen las capitulaciones. Llegó esta especie á oidos del conde de Oñate, nuestro embajador en Roma, y sin perder tiempo rogó al Padre Santo que ejerciese la mediacion. Este, siempre temeroso de que los franceses se apoderasen del reino de Nápoles, se prestó gustoso á los deseos del conde, y envió órdenes é instrucciones al nuncio Altieri para abrir las conferencias con el Virey y con el Generalísimo del pueblo. El duque de Arcos, cada dia más obcecado y tenaz, desechó bruscamente toda propuesta, excusándose con que teniendo de su parte y empeñados en aquella guerra á los barones del reino, no podia sin su consentimiento entrar en tratos con los rebeldes. Genaro Annese contestó resueltamente, que no era posible avenencia, porque el pueblo estaba harto de las falsas promesas de los españoles, y resuelto á establecerse en república independiente (2). Y esta fué la vez primera que sonó oficialmente esta resolucion, que cambiaba completamente la fisonomía de los acontecimientos, y daba mayor gravedad á las circunstancias.

El 25 de octubre, Juan Luis del Ferro, el mismo que expuso con tan mal resultado el retrato del Monarca Cristianísimo, y que se daba en las reuniones populares el no muy bien justificado título de su embajador, presentó á Genaro Annese, cabeza de la república napolitana, una carta del marqués de Fontenay, en la que ofrecia al pueblo en nombre del rey de Francia una armada de cincuenta naves gruesas y veinticinco galeras, y un millon de ducados, que debian ser entregados por el negociante Tadeo Barbarino. Leida en público en la iglesia del Cármen esta comunicacion, causó general entusiasmo. Y la gente, ganada ya á favor de los franceses, pidió con desaforados gritos que se echasen por tierra todos los retratos de Felipe IV, de Cárlos V y de los demás soberanos españoles, y que se colocase de nuevo en la plaza y bajo dosel el del Rey Cristianísimo. Iban las ciegas turbas á ejecutar uno y otro, cuando las personas más sesudas impidieron lo segundo, manifestando: que pues no se peleaba ya sino por la nacionalidad y por la independencia, no convenia sustituir señor á señor, y dominacion extranjera por dominacion extranjera, y que por lo tanto no se debia hablar más ni de España ni de Francia, sino solamente de Nápoles. Prevaleció tan acertado dictámen, y se alzó un dosel con la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, y con la de San Genaro (3); contestando con otras demostraciones de júbilo y de gratitud á las ofertas de Francia, evitándose con cuidado el dar á su generosidad el título de proteccion. En todo lo cual se descubre que no faltaban hombres de cabeza y de corazon entre aquellas desordenadas y rabiosas turbas.

(2) De Santis.
(3) De Santis. – Raph. de Turris. – Agnello de la Porta, MS.

CAPITULO XVI

Miéntras esto pasaba en Nápoles, puesto otra vez en campaña Tuttavilla apretó el bloqueo de la ciudad, reforzando y manteniendo los puestos militares de Puzzoli, Aversa y Acerra, y ocupando las aldeas intermedias, con lo que empezó á ser insoportable la escasez de víveres en la poblacion. Genaro Annese, para remediarla, recurrió á Salerno y á las ricas costas de Amalfi. Pero la comunicacion directa con aquel país estaba interceptada por doscientos caballos, al mando de don Cárlos Caraffa, que era dueño de Castellamare, é impedia constantemente el paso del puente de Scafati. Trataron los rebeldes de apoderarse de él á viva fuerza ó por sorpresa; mas llegando á tiempo el general Tuttavilla, los rechazó y deshizo, volviendo rotos y escarmentados á la ciudad. Ni esta ventaja, ni otras que diariamente conseguia aquel experimentado y activísimo caudillo, le inspiraban confianza en el éxito de la empeñada pugna, considerando cuán malas y escasas eran las fuerzas con que se pretendia terminarla; y escribió de nuevo al Virey una desconsolada carta, hablándole claro, y manifestándole que con sólo las tropas allegadizas de los barones, y con los recursos de un país tan exhausto, era imposible llevar adelante aquella guerra (4).

Al mismo tiempo habiendo llegado al conocimiento de los señores las propuestas del Papa, y la repulsa del duque de Arcos, dando á entender que eran ellos los que dificultaban una avenencia, se indignaron con razon, y sin querer contar más con el Virey, escribieron en derechura al señor don Juan de Austria una reverente exposicion, manifestándole que no serian ellos jamás estorbo de una fraternal reconciliacion; pues tenian las armas en la mano para mostrar su lealtad, y sostener la soberanía del Rey de España, pero no para oprimir al pueblo, ni para asolar el país; y que léjos de oponerse á un avenimiento, suplicaban á su Alteza que concediese al pueblo los indultos, franquicias y ventajas que pudiese apetecer, siempre que dejase las armas, y de buena fe se sometiese á lo más justo y razonable, y á lo más conveniente al servicio del Rey y á la felicidad de los napolitanos (5).

Las pocas esperanzas de Tuttavilla y las buenas disposiciones de la nobleza movieron á don Juan de Austria á tentar nuevo ajuste. Pero, dados con la conveniente cautela y la debida dignidad los primeros pasos, se vió claramente que era ya tarde; que habian cambiado completamente las circunstancias; que la sublevacion era ya rebelion declarada, y que el pueblo napolitano no peleaba ya por adquirir tales ó cuales franquicias, estos ó los otros privilegios, sino por su independencia y nacionalidad, y por sacudir el yugo extranjero. ¡Generosa y noble resolucion en verdad! Pero empresa descabellada en aquella época, y dificilísima, si no imposible, de llevar á cabo; tanto por la desunion mortífera en ideas y en intereses que devoraba el país, cuanto por los medios con que se queria hacerla triunfar, y por los hombres de bajos y ruines pensamientos, y de capacidad limitada, que la dirigian.

En las galeras llegadas con el duque de Tursi, vino nombrado por el Rey, maestre de campo general don Dionisio de Guzman, por lo que Mr. Batteville renunció este cargo que ejercia con nombramiento del Virey. Pero temiendo éste, con razon, el cambio de la direccion de la guerra, y el que cesase en él el valeroso borgoñon, ya acostumbrado á ella y enterado ya del terreno, para caer en manos de un militar, aunque de alta y merecida reputacion, que jamás habia estado en Nápoles, ni era conocido de los soldados, y que á una edad avanzadísima juntaba los continuos padecimientos de una gota tenaz; negoció con destreza y dispuso las cosas de tal modo, que Batteville conservó el mando activo de las armas, y Guzman, sin resentimiento, quedó con el cargo supremo de consejero en casos de guerra.

Arreglado este negocio, para dar calor á las operaciones de Tuttavilla le envió el Virey á Nola, al marqués del Vasto, con ciento noventa caballos, y órden terminante de estrechar el bloqueo, y de atender á la sumision de las provincias limítrofes, sin descuidar el puente de Scafati, de que con tanto empeño querian apoderarse los napolitanos. Y llegando por entónces á Aversa con alguna fuerza el duque de Castel de Sangro y el gran prior Caracciolo, envió el activo general de refuerzo á la torre, que defendia dicho puente, á Picolomini y al duque de la Regina, los que pusieron en ella de presidio cuarenta españoles y otros tantos alemanes, con el capitan Mengical y el sargento Serra, valerosísimo soldado. Y al mismo tiempo el príncipe de Montesarchio cortó el agua á los molinos de Torre de la Anunciata, de donde, aunque con trabajo y peligro, se proveian aun de harinas los rebeldes. Gran terror causó en Nocera la proximidad de las tropas leales, y llamó en su ayuda á Hipólito Pastena, el que gobernaba la rebelion en Salerno. Hubo reñidas escaramuzas entre las tropas de bandidos que éste capitaneaba y las que obedecian á Tuttavilla; pero dueño éste del puente de Scafati, y extendiendo su dominio á los casales de Avella, Barjano y Mugnano, y apoderándose tambien de Somma y Maregliano, cerró completamente el bloqueo de Nápoles, poniendo en gran carestía á los rebeldes, miéntras envió socorros de consideracion al Virey en dinero y vituallas.

(4) De Santis.
(5) De Santis. – Raph. de Turris. – Comte de Modène. – Donzelli.

Apretado así el pueblo, y viendo que pasaban dias y dias sin que asomara la escuadra francesa, y sin que llegaran los prometidos socorros, empezaron á circular voces de que la carta del marqués de Fontenay, presentada por Ferro, y leida con tan buen efecto en el Cármen, era falsa, y un engaño para llevar adelante una guerra desastrosa, que empezaba á dar á todos fatiga y cuidado. Aumentó esta sospecha el que la tal carta habia desaparecido, en cuanto se verificó su primera lectura; y por más que se habia deseado haberla á la mano, para examinarla de nuevo y meditarla más detenidamente, jamás se habia podido dar con ella. Y llegó á tal punto la desconfianza popular, que como un fraile capuchino presentara otra carta tambien con la firma, verdadera ó supuesta, del embajador francés, reproduciendo las ofertas y añadiendo seguridades, faltó poco para que fuese despedazado por el populacho; pues debió la vida á que mandó oportunamente Genaro Annese meterlo en un calabozo, miéntras se averiguaba la verdad.

Con este objeto envió el generalísimo del pueblo á Roma, con poder suficiente y autorizacion en regla para entenderse directamente y en nombre de la república napolitana, con el marqués de Fontenay, y pedirle socorro, á Nicolo María Mannara; pues aunque el historiador de Santis dice que fué el doctor Francisco Patti, es evidente equivocacion, porque éste fué despues, como diremos, y con encargo muy distinto. Y nos apoyamos para asegurarlo así en el conde de Módena, que tuvo, como vamos á referir, ocasion de tratar á uno y á otro negociador, y parte muy activa en aquellas conferencias. Y esta fué la vez primera que oficialmente y de un modo ostensible y autorizado se entablaron negociaciones formales entre los sublevados, ó por mejor decir, ya rebeldes napolitanos, y la corona de Francia; pues aunque los trabajos estaban muy adelantados, todo hasta entónces se habia hecho bajo cuerda, por medios indirectos, por personas sin responsabilidad, y en reuniones privadas, sin acuerdo de las juntas populares y sin autorizacion de los jefes del pueblo.

El señor don Juan de Austria, conociendo desde luégo que la situacion se hacia grave y peligrosa, y que si en el estado de cansancio y privacion de todo en que se encontraban las escasas tropas españolas que sólo á fuerza de constancia heróica se sostenian, se presentaba de refresco una armada francesa, con gente de desembarco para socorrer al pueblo, era segura la completa pérdida del reino de Nápoles; envió nuevos emisarios á tentar el vado con ventajosas proposiciones; pero sólo consiguieron oir claramente por terminante respuesta, que estando ya comprometido el pueblo con el rey de Francia, y entabladas las negociaciones, nada tenia que tratar con el de España, ni con el príncipe su hijo, ni con sus ministros. Con lo que despechado don Juan perdió por vez primera los estribos, y mandó continuar la guerra sin tener más miramiento con la ciudad (1).

El duque de Arcos al mismo tiempo trató por otro lado de probar fortuna, y envió un secreto confidente á Genaro Annese, ofreciéndole una gruesa suma y un lucrativo cargo de importancia en la Península, si entregaba el torreon del Cármen y ahonigaba la rebelion; pero el maestro arcabucero, ó porque no se fió de la propuesta y de quien la hacia, ó porque tuvo un momento de grandeza de ánimo y de elevacion de carácter, ó porque pudo más en él la ambicion que la avaricia, delató inmediatamente al pueblo la propuesta, y mandó ahorcar en el acto al que la habia traido. Muchó le valió esta demostracion, pero para acabar de calmar las sospechas que contra él se propalaban en los corrillos amenguando su autoridad, publicó el 29 de octubre un bando ó proclama, atribuyéndolo todo á manejos ocultos de los españoles para desacreditarlo.

Continuaba en tanto la guerra en la ciudad y en sus contornos. En ella eran diarios los asaltos á los puestos y las escaramuzas por las calles; en ellos el general Tuttavilla mantenia sin soltar las armas de la mano el bloqueo, habiendo vuelto á empeñar un rudo encuentro, en que aunque con mucha pérdida quedó vencedor sobre el puente de Scafati. Castelnovo cañoneaba sin cesar la calle del Puerto, con lo que incomodaba continuamente á los rebeldes; y estos, aprovechando una noche oscurísima y lluviosa, levantaron con gran silencio y presteza, y con inteligencia admirable, una trinchera con espaldones, que los puso completamente á cubierto, empleando en su construccion sacos de lana y de algodon y hasta fardos de paños, tapices, ricas telas y géneros preciosísimos de Levante, que sacaron á viva fuerza de todos los almacenes de la marina. Cuando al amanecer se encontró el Virey con aquella obra encima, que resistia el tiro de cañon, y que ponia en gravísimo peligro la fortaleza, bramó de cólera, y mandó inmediatamente ahorcar de las almenas á los centinelas que no habian notado la operacion, sin que les sirviese de excusa la oscuridad.

(1) De Santis. – Capecelatro, MS.

Aunque el pueblo no habia adelantado terreno alguno dentro de la ciudad, tampoco lo habia perdido, ni habia padecido en los contornos descalabro capaz de hacerle decaer de ánimo; pero la falta de víveres lo trabajaba y consumia, y el cansancio de tantos dias de pelea sin adquirir notable ventaja, empezaba á manifestarse. Y bien por la necesidad que ya todos tenian de descanso, bien porque el tiempo iba calmando el ardor y entusiasmo de las masas populares, bien por los ocultos manejos de los partidarios del Virey, empezaron á circular por los corrillos ideas de desaliento y deseos de salir de cualquier modo de tan insostenible situacion. Por otro lado, como en tiempos revueltos pululan las ambiciones, y anhelando todos sobrearse con el poder, se trabaja para que pase de mano en mano, y al que lo ejerce se le desacredita y baldona, hágalo bien ó mal, sólo porque lo ejerce á despecho de los que lo desean y no saben ó no quieren esperar que les llegue su turno; empezaron tambien á renovarse con más calor las hablillas en descrédito de Genaro Annese. No tardó éste en saberlo, y violento y despechado publicó un furibundo bando, prohibiendo discurrir sobre la situacion, y tomar en boca su nombre, bajo pena de la vida, como asimismo toda reunion pública y clandestina, sin exceptuarse las de jefes militares, sediles y capitanes de barrios, aun cuando fuese para tratar de cosas de guerra (2). Aterró é impuso silencio á todos esta disposicion. Pero Brancaccio, que siempre miraba al generalísimo del pueblo con odio, y lo que es peor con desprecio, levantó el grito contra este bando, diciendo, y con razon, que debilitaba su autoridad militar. Y por esto, y por creerse desairado porque en la correspondencia con el embajador Fontenay no se hacia mencion de él para nada, tuvo un acaloradísimo altercado con Annese; de que resultó el hacer renuncia del mando de las armas, y alejarse completamente de los negocios públicos. Ocurrencias todas que dividian más y más los ánimos, ya demasiado discordes, y que imposibilitaban el establecimiento de la soñada república; la que acabó de morir en la cuna, renunciando á su nacionalidad, cuando le ocurrió darse un supremo jefe extranjero.

(2) De Santis. – Donzelli.

CAPITULO XVII

Desde el momento en que unas barcas de la isla de Prócida, llevando fruta á Roma, esparcieron las primeras noticias de las ocurrencias de Nápoles, y de la exaltacion de Masaniello, el embajador de Francia cerca de la Santa Sede, marqués de Fontenay Mareuil, tuvo á su gobierno al corriente de los progresos de la sublevacion. Y aunque le indicó desde luégo la oportunidad que ofrecia para procurar la desmembracion de aquel importantísimo reino de la corona de España, y no se descuidó de enviar á él agentes secretos, que acalorando el movimiento popular, procurasen darle el giro más conveniente á los intereses de su corte; no recibió de ella instrucciones tan terminantes como habia creido; y se vió obligado á mantener cierta circunspeccion, sin soltar empero de la mano los cabos de la red oculta que habia ya extendido, para tirar de ellos segun las nuevas órdenes que pudiera y deseaba recibir.

En el gabinete de Francia empezaban á nacer deseos de no llevar adelante la guerra con España, y habia resuelto continuarla lentamente, y sin tentar nuevas empresas, que dificultasen un próximo acomodo. Por lo que el cardenal Mazzarino, aunque conoció todo el fruto que podrian dar los alborotos de Nápoles, se decidió por esperar sus resultados sin decidirse á nada, ni aventurar por lo pronto el crédito y poder de la Francia. Mas Tolon una gruesa armada, que diese la vela al primer aviso. Hablóse de todo esto en Paris, y varios personajes franceses quisieron trasladarse á Nápoles; y entre ellos el que lo tomó con más calor, y mayores instancias hizo para verificarlo, ofreciendo hasta llevar á cabo la empresa á su costa, fué el príncipe de Condé; pero encontró en el gobierno una formal y decidida oposicion.

Entre tanto se desarrollaban aquellos extraordinarios sucesos, y en Roma trabajaba con asiduidad para traerlos á su mano, sin contar para nada ni con el embajador de Francia ni con el gobierno francés, Enrique de Lorena, duque de Guisa. Este príncipe jóven, de ánimo osado y bullicioso, de poco maduro juicio, de gallarda presencia, de condicion liberal, de corazon valiente, de modales muy atractivos, se hallaba en la corte pontificia solicitando anular su desacebellado matrimonio con la viuda del conde de Bosiu, para contraer otro no más acertado con Mlle. de Pons, á quien amaba ciegamente. Y cuando desesperado con las dilaciones y dificultades de la curia eclesiástica, pensaba en volverse á Paris, apretado por su amada; las noticias de las ocurrencias de Nápoles lo detuvieron. Tenia el duque francés en su compañía al discreto y sesudo baron de Módena, que con el título de Conde escribió y publicó poco despues memorias históricas de estos sucesos; el cual habiendo topado por casualidad con los procitanos, que llevaron á Roma las primeras noticias, los presentó al duque, quien echó con ellos el cimiento de un atrevido plan, cuyos resultados vamos á referir.

Descendia por línea femenina el duque de Guisa de Renato de Anjou, y acalorado con este recuerdo, se imaginó con derecho á la corona napolitana; y se propuso aprovechar las circunstancias del momento para ceñírsela á poca costa. Recibió contentísimo á los procitanos, los regaló y agasajó grandemente, y les encargó hiciesen saber á los habitantes de Nápoles, que habia un príncipe del linaje de sus antiguos reyes, pronto á sacrificarse porque recobraran la libertad. Y efectivamente aquellos rudos marineros fueron los primeros que dieron origen á la idea de la proteccion francesa en el populacho sublevado. Despues no se descuidó el duque en buscar con empeño, y en conseguir ver y hablar á cuantos napolitanos llegaban á Roma; y hasta se atrevió á enviar mensajeros á Nápoles, que fueron reconocidos, detenidos y ahorcados en Gaeta. Tambien trató de que autorizara sus pretensiones el marqués de Fontenay; pero este sagaz diplomático lo acogió con tal frialdad, y le opuso tantas dificultades, que el ambicioso jóven resolvió recatar sus manejos del embajador, y valerse de otros medios para obtener el apoyo del gabinete francés. Dirigióse al cardenal de Santa Cecilia, hermano de Mazzarino, y le ofreció para una sobrina la mano de su hermano el duque de Joyeuse, si alcanzaba la proteccion del purpurado ministro y la cooperacion de la Francia en favor de su proyecto. El cardenal de Santa Cecilia recibió no sólo con gusto sino con entusiasmo las confidencias y las proposiciones del príncipe francés. Y tan ligero como él, y de viva imaginacion, llegó á pensar que el asegurar en las sienes de aquel pretendiente la corona de Nápoles, era asegurar la tiara para las de su hermano; y que no era además de desdeñar por lo pronto un enlace con la familia real: por lo que se apresuró á escribir al hermano ministro en los términos más eficaces. Pero el ministro, hombre de otro alcance, y de más flema y madurez, contestóle sagazmente con aquellas frases que suenan mucho y que no dicen nada, pero que vienen bien á todos los resultados posibles de un negocio dudoso é intrincado (3).

Entre tanto tentó el duque de Guisa nuevos medios de comunicacion con los napolitanos, y creyó el mejor de todos un hermano del famoso Domingo Perrone, que llegó á Roma. Apoderóse de él, enviólo con cartas é instrucciones; pero la suerte parecia burlarse del ambicioso, y dispuso que este agente llegase á Nápoles cuando ya su hermano habia tan desastrosamente desaparecido de la escena política.

Tampoco los partidarios de Francia en Nápoles se descuidaban, pues llegaron nuevos comisionados á Fontenay. Entre ellos Lorenzo Tóntoli y Agustin de Lieto, que se quedaron en Roma, llamándose, no sabemos con qué autorizacion, residentes del pueblo napolitano (4). Trabó con ellos estrechas relaciones el duque francés por medio del activo baron de Módena. Y uno y otro, oyendo las abultadas relaciones de estos agentes, que como interesados en dar importancia á su causa exageraban los medios con que contaba, juzgaron la empresa más fácil de lo que realmente era, y con gran actividad buscaban todos los medios de llevarla á cabo.

El marqués de Fontenay por su parte, y á pesar de su sagacidad exquisita, tambien concebia lisonjeras esperanzas, sin conocer las exageraciones de los negociadores napolitanos. Volvió á solicitar de su corte más atencion á aquellos importantes acontecimientos, y empezó á trabajar de veras bajo mano para que la sublevacion se inclinase á buscar el amparo de su Rey. Pero el aspecto frio de este embajador, y su parsimonia en gastar, disgustaban tanto á Tóntoli y á Lieto cuanto los hechizaba el calor y la generosidad del jóven y arrebatado príncipe francés (5). E ignorando sus antecedentes y el poco crédito que gozaba en su corte, en él y sólo en él fundaban sus esperanzas, escribiendo á Nápoles los más exagerados elogios de su persona.

El ningun efecto de la llegada de don Juan de Austria; lo que habia enardecido la situacion el inoportuno uso de escasa fuerza; la declaracion primera de los sublevados en favor del Papa, y su última resolucion de constituirse en república, aguí-

(3) Comte de Modène.
(4) De Santis.
(5) Comte de Modène.

jonearon de nuevo á Fontenay. Y lo hizo de tal modo al cardenal Mazzarino, que dió éste órden de zarpar inmediatamente á la armada de Tolon al mando del duque de Richelieu, llevando á bordo al señor de Creuzet y al de Forgetz, generales de crédito que podian ponerse á la cabeza de la rebelion; no juzgando político el ministro cardenal fiar empresa semejante, en que se trataba de la adquisicion de un reino, á príncipe de la sangre, ó á personaje de tanta valía que osase trabajar por cuenta propia en aquellas circunstancias.

En este punto estaban las cosas cuando llegó á Roma el verdadero comisionado oficial de Genaro Annese, Nicolo María Mannara.

La casual circunstancia de vivir en Roma en el mismo palacio, aunque en pisos distintos y en habitaciones independientes, el embajador de Francia y el duque de Guisa, proporcionó á éste el apoderarse del ánimo del enviado napolitano, y el verlo, oirlo y comunicarlo ántes que el hábil diplomático lo consiguiera. – Arribó Mannara despues de una larga y penosa navegacion á Fiummicino, y de allí se trasladó á caballo á Roma, donde llegó á media mañana harto malparado, cubierto de lodo y empapado de la lluvia. Y en este estado, que prevenia ciertamente muy poco á su favor, apeóse á la puerta del palacio Barberini y subió á la vivienda del marqués de Fontenay, precisamente cuando este acababa de salir. Los secretarios y dependientes de la embajada, como habian observado la frialdad y reserva con que el jefe acogia á los napolitanos, no les daban grande importancia, y recibieron con desden al recien llegado, diciéndole que esperase hasta que volviera el embajador. El agente de Annese tuvo que conformarse con un recibimiento tan poco lisonjero: y se sentó á esperar, empapado y mohino, en una de las primeras antecámaras. Entró en ella por acaso un lacayo del duque de Guisa, le habló y supo quién era; y así como los servidores de Fontenay observaban con los napolitanos el desdeñoso continente de su señor, los del duque se esmeraban en afectar el interés y cariño que el suyo les demostraba; y despues de acariciar este á su manera á aquel hombre de tan mala catadura, sólo porque venia de Nápoles, corrió á ponerlo en noticia del baron de Módena. Avisó este inmediatamente al duque, y aprovechando los instantes de no estar en casa el embajador, mandó al mismo criado que, con disimulo y ocultándose de la gente de la embajada, trajese de un modo ó de otro aquel hombre á su presencia. La suerte favoreció la ejecucion, y Mannara se trasladó, sin que nadie lo notase, á los aposentos del duque de Guisa. Recibiólo el baron con los brazos abiertos. Mandó darle vestidos y servirle un abundante almuerzo en que no escaseó el vino; y cuando lo vió repuesto, enjuto, refrigerado y agradecido sobre todo á tan buena acogida, y con el ánimo dispuesto favorablemente, lo introdujo en el gabinete del príncipe, ya convenientemente preparado.

CAPITULO XVIII

La acogida cariñosa y franca del duque de Guisa, contrastando sobremanera con el desden y poco miramiento de la recepcion en casa del marqués de Fontenay, hizo su natural efecto; pues el comisionado del pueblo de Nápoles fundó toda su confianza en tan jóven y gallardo príncipe; le manifestó sin reserva sus instrucciones y le pintó el estado de la sublevacion, aumentando como era regular sus recursos y sus esperanzas. Con profunda atencion le oyó el duque, no muy satisfecho de que no hubiera sonado para nada su nombre en los labios de aquel napolitano. Y empezando con destreza, superior á la que solia ostentar, por hacerle grandes elogios del embajador; por disculpar la mala acogida que habia encontrado en su casa, atribuyéndola á descuido de criados; y por asegurarle que hallaria en aquel personaje, como representante de tan gran rey, toda proteccion; pasó luégo á hablarle largo de sí mismo. Explicóle con prolijidad su descendencia de la familia de Anjou, y le pintó con vivísimos colores su ardiente entusiasmo por un pueblo generoso y valiente que peleaba con tanto teson para conquistar su libertad y su independencia. Y mostrando en seguida temores de que toda la buena voluntad del Rey Cristianísimo, su pariente, y todo el celo del marqués de Fontenay pudieran ser contrariados por el retardo que los vientos opusiesen á la armada, ó por otras causas imprevistas; insinuó al novel diplomático, en quien ya ejercia una verdadera fascinacion, la idea de lo conveniente que seria proveer á estas eventualidades, yendo él mismo á ponerse al frente del pueblo y á combatir por la nueva república, como lo estaba haciendo en Holanda el príncipe de Orange; y que su persona en Nápoles, ligada con la familia real, aumentaria el celo de los ministros para no retardar los socorros, y avivaria en el rey de Francia el deseo de que triunfase una causa en que tenia empeñado á tan cercano pariente, grato además á los napolitanos como vástago de sus antiguos reyes.

Alucinado Mannara con este discurso, creyó ver en su mano una importante y brillantísima negociacion, que iba á darle alto nombre y fortuna. Y aunque en sus instrucciones no se le decia nada del duque de Guisa, creyó tener en el artículo en que se le autorizaba en general para procurar lo que más conviniera al triunfo de la república, campo abierto para solicitar la cooperacion de un príncipe, que tan poderoso se imaginó, y tan preponderante en la corte de Paris. El duque conociendo que era ya suyo completamente aquel mensajero, para asegurárselo aun más, le ofreció grandes mercedes, y le encargó que ocultase aquella conferencia á los ojos del marqués de Fontenay, para no lastimar su amor propio de embajador. Ofrecióselo el napolitano, y saliendo de la casa del duque por la puerta del jardin, volvió á entrar por la principal, y subió á la del embajador, haciendo creer que venia de la posada en que habia dejado su equipaje.

Recibiólo el marqués con agasajo, pero con reserva. Leyó las cartas de Genaro Annese, que le escribia por sí y á nombre de la junta popular. Y despues de informarse detenidamente de la situacion de Nápoles, y de las esperanzas que fundaba en la proteccion del Rey Cristianísimo, manifestó al mensajero la gratitud de su soberano á tales pruebas de confianza, y le aseguró que de un instante á otro la armada francesa, que habia zarpado ya de Tolon, llegaria á patentizar con poderosos socorros el alto aprecio con que miraba su corte la amistad de los valerosos napolitanos. Dióle rendidas gracias por todo el enviado del pueblo, y añadió, como cosa sencillísima y natural, que para prevenir cualquier eventual retardo, deseaba la república naciente tener en su seno, como prenda de alianza, algun príncipe francés que mandara las armas, interesara á Francia en su socorro, y asegurase el éxito de la independencia por que se peleaba. No cayó por lo pronto en la cuenta el marqués, y respondió en términos generales. Mas volviendo á la carga el napolitano, le dijo: que informado el pueblo de que se hallaba en Roma el duque de Guisa, príncipe del linaje de Anjou, pedia que fuera á ponerse á su cabeza, y á organizarlo convenientemente para la guerra con sus opresores, interin llegaban la armada y los demás socorros que el Rey Cristianísimo enviase. Sorprendióse grandemente el astuto y experimentado diplomático oyendo tan explícita peticion; y cuidando de no darlo á entender en el semblante, contestó, á pesar suyo con agitado aliento y balbuciente voz, que creia que el duque de Guisa estaba en Roma de incógnito y por negocios particulares; y que no sabia si hallándose sin carácter, séquito y aparato de príncipe, le acomodaria ir á Nápoles en aquellas circunstancias, y arrostrar las dificultades que podria ofrecer el viaje. Mannara sin titubear (más diestro entónces que Fontenay), ocultando con gran primor que estaba ya de acuerdo con el duque, repuso que los napolitanos no necesitaban más que de la persona de tan gran príncipe, no de su séquito y aparato; pues hallaria entre ellos uno y otro superiores al del mayor monarca; y que para asegurar el viaje bastaban las falúas napolitanas, tan prácticas de aquellos mares, y tan acostumbradas á burlar los cruceros españoles. Estrechado tan de cerca el embajador, terminó sin afectacion la conferencia, prodigando en cuanto pudo agasajos al negociador; y se encerró en cómo seguida en su gabinete á meditar detenidamente impedir la ida del duque de Guisa á Nápoles, sin comprometerse con él, ni con la corte, ni con los napolitanos.

El baron de Módena, por quien sabemos todas estas menudencias, dice que el marqués tenia deseos de ir á Nápoles, pero que le faltaba resolucion: que acaso lo hubiera verificado, llegando á tiempo la armada francesa, y que por esto se opuso en cuanto le fué posible á la marcha del duque. Mas nosotros, registrados otros autores no tan interesados en la empresa del príncipe francés, visto el modo con que este se portó cuando logró lo que tanto ambicionaba, y examinando imparcialmente su conducta pública y privada ántes y despues de aquellos acontecimientos, juzgamos que el marqués debió creer que el duque iba á imposibilitar el triunfo de los napolitanos, y á empeorar su causa, con su ligereza y corta capacidad; y á enfriar tambien en la corte (como sucedió), el deseo de socorrer á la nueva república, por los resentimientos antiguos y modernos de la corona de Francia con la familia de Guisa; y que por esto sin duda se opuso constantemente á que cargasen tan débiles hombros con empresa de tanto peso é importancia. El éxito no tardó en justificar los recelos del previsor diplomático.

Mannara informó sin perder momento al duque de Guisa de su conferencia con el embajador; y este al dia siguiente fué á visitarlo y á referirle la proposicion de los napolitanos, sin darle importancia y calificándola más bien de descabellada. Pero el duque le manifestó que no la creia tanto, que no fuera aceptable en interés de la Francia; y que si el deseo del pueblo napolitano era tenerlo en su capital, y valerse de sus servicios, estaba muy dispuesto á ir allá á servir al Rey, y á impedir á costa de los mayores sacrificios, que el retardo eventual de la armada diese lugar á imprevistos acontecimientos, que privasen á Francia de tan oportuna ocasion para acrecentar su gloria y su poderío. Desconcertóse el embajador con esta declaracion explícita, y mucho más cuando el cardenal de Santa Cecilia, que llegó casualmente en aquel momento, reforzó con gran calor los argumentos del duque. El sagaz diplomático no se atrevió á combatir con un príncipe osado, que tan bien sabia disfrazar su ambicion con el traje de sacrificio por la gloria de su Rey, y con un cardenal influyente, y hermano de su primer ministro. Y por eludir toda responsabilidad celebró una consulta, sin aventurar su juicio, con otros cardenales y prelados franceses que estaban en Roma; y estos, no tan sagaces como Fontenay, ó ignorantes de los antecedentes del personaje y del disfavor en que estaba con la corte, decidieron por unanimidad: que pues el pueblo napolitano pedia que el duque de Guisa lo gobernara, no debia retardarse el viaje del príncipe, por convenir así á los intereses de la Francia (1).

Regresó Mannara á Nápoles con cartas de Fontenay muy expresivas y satisfactorias para el generalísimo del pueblo, y para la real república napolitana; y llevó tambien otras del duque llenas de pomposas ofertas y de magníficas esperanzas. Su llegada á Nápoles fué en el momento en que Genaro Annese, aborrecido generalmente por su bárbara grosería, crasa ignorancia é insaciable avaricia, temia un desastrado fin; y lo salvó el entusiasmo general que encendieron las noticias positivas y seguras, de tener efectivamente la proteccion de un poderoso monarca, tan cercanos sus socorros, y pronto para ponerse á su cabeza un esclarecido príncipe de su familia; pues cuidando los partidarios del arcabucero de atribuir á su habilidad y celo tan grandes ventajas, lo rehabilitaron en la opinion de las populares turbas enajenadas de contento, y nuevamente alentadas para continuar la guerra. Annese, viéndose de nuevo asegurado, creyendo en el primer momento que se pondria para siempre á cubierto de las veleidades del populacho trayendo á su lado al duque, se apresuró á que fueran efectivas sus ofertas; y sin pensarlo mejor despachó de nuevo inmediatamente á Roma al mismo Mannara con el P. Capece, fraile dominico, y con Aniello de Falco, general de artillería, para dar en nombre de la real república las gracias al embajador francés, y para rogar al duque de Guisa que se presentase sin demora á tomar el mando supremo de las armas, en los mismos términos que lo desempeñaba en Holanda el príncipe de Orange (2).

Apénas habia partido de Nápoles esta formal legacion, y aun estaban casi á la vista las barcas que la conducian con próspero viento, cuando se arrepintió el generalísimo del pueblo de haber obrado con tanta ligereza y precipitacion; pues ó bien porque le abrieron los ojos algunos de sus partidarios más sagaces que él, ó bien porque el instinto de la ambicion alumbró á su escaso entendimiento, conoció que le iba á ser imposible mantener superioridad sobre un personaje tan esclarecido, y que pronto seria suplantado por él, volviendo de nuevo á la insignificancia de su vulgar condicion, y á ponerse al alcance de la venganza de sus muchos enemigos. Asombróle esta idea. Maldijo su inconsiderada resolucion; y anheloso de remedio consultó sus temores con Francisco Patti, abogado de mucho crédito, y hombre de gran astucia y desfachatez. Este, en lugar de desvanecerlos, como el pobre Annese esperaba, se los aumentó asegurándole que se habia cortado la cabeza, y que debia por todos los medios imaginables impedir la venida del príncipe francés. Desesperado el generalísimo del pueblo, y sin más afan que el de conservar su posicion á toda costa, se echó en brazos del confidente letrado, rogándole hasta de rodillas que marchase á Roma sin perder un instante, para deshacer con su maña y osadía cuanto hicieran los otros tres comisionados, y para poner todos los obstáculos posibles á los intentos del duque de Guisa. Hízose de rogar Francisco Patti, pero al fin se determinó á encargarse de mision tan delicada, de que él mismo redactó las instrucciones. Reducíanse estas á negociar directamente con el Padre Santo, y proponerle, ó que conservase, para sí, la Santa Sede el reino de Nápoles, cuyo dominio directo le pertenecia; ó que lo tomase bajo su proteccion y amparo como república dependiente de la tiara; ó que concediese la investidura de rey de aquel reino á uno de sus sobrinos. Y en el caso de que el romano Pontífice no diese acogida á ninguna de estas tres proposiciones, á dirigirse al marqués de Fontenay y manifestarle que Genaro Annese, el consejo supremo de la república, y los napolitanos de arraigo y de responsabilidad deseaban entenderse solo con él y con el Rey Cristianísimo, y rogarle que fuese á Nápoles sin demora á representar á tan poderoso monarca, seguro de que haria su presencia y su autoridad mucho más efecto que la del duque de

(1) Comte de Modéne.
(2) De Santis. – Capecelatro, MS.

Guisa, jóven inexperto y que sólo habia sido deseado, con poco acuerdo momentáneamente, por una parte muy pequeña de lo más despreciable del populacho. De suerte que la mision de Patti abrazaba dos negociaciones para echar mano de la una si no tenia buen resultado la otra y ambas dirigidas á impedir la venida á Nápoles del príncipe francés, con quien le era imposible competir al villano Genaro Annese.

CAPITULO XIX

Mannara y sus dos compañeros llegaron con felicísimo viaje á Roma, donde fueron muy bien acogidos por el marqués de Fontenay. Presentáronse en seguida al duque de Guisa, quien, adestrado sin duda por el baron de Módena y otras personas de talento que lo circundaban y en lo posible lo dirigian, los recibió afectuosísimamente, pero negándose á oir sus proposiciones oficiales sino en presencia del embajador. Por lo que á instancia de los comisionados se celebró aquel mismo dia una entrevista en el salon del marqués, en que oficial y solemnemente en nombre de la república pidieron al duque que se dignase de ir á Nápoles y de tomar el mando de sus ejércitos. El príncipe, siempre bien aleccionado, y despues de manifestar su gratitud á los mensajeros, y de asegurarles de su ardiente deseo de complacer al pueblo que representaban, dijo: que para volar á su socorro sólo esperaba, á fuer de leal súbdito francés, el que se lo mandase el representante de su Rey y señor. Apuradísimo se vió Fontenay conociendo el compromiso, y la inmensa responsabilidad en que podia incurrir; y balbuciendo algunas palabras sin sentido, que manifestaban su turbacion, expuso al cabo: que no tenia instrucciones bastantes, y por lo tanto autoridad ninguna para mandar y dar órdenes á tan alto personaje; pero que tampoco las tenia para poderse oponer á una eleccion espontánea del pueblo napolitano y de su generalísimo, cuando recaia en un príncipe francés; y que no habiendo recibido contestacion de la corte á sus últimos despachos, lo único que podia asegurar era, que la escuadra francesa estaba ya navegando la vuelta de Nápoles, y que en ella tendria la nueva república el más firme apoyo para asegurar su independencia y su libertad (1). Bastóle al osado duque esta declaracion aunque tan ambigua; y apoyado en ella, aceptó en el acto el cargo con que Nápoles le brindaba, y resolvió partir en cuanto vinieran á buscarlo las falúas.

Contentísimos los comisionados de Genaro Annese con el buen éxito de su negociacion, despacharon por mar y tierra avisos á su capital, pidiendo que viniesen inmediatamente á Fiumicino las barcas que debian conducir al príncipe general.

Loco de contento el duque de Guisa con ver tan cercano el objeto de sus anhelos, miéntras preparaba el viaje y buscaba dineros y municiones que llevar consigo, daba incautamente una inconsiderada publicidad á todas las negociaciones, sin recatarlas ni aun de sus más encarnizados enemigos. Y con diez mil escudos, que le proporcionó el cardenal de Santa Cecilia, y con una escasa cantidad de pólvora, que le vendió el duque de Bracciano, se apresuró á la partida. Nombró confesor al padre Capece, ofreciéndole una mitra, y envió á Paris á un secretario con cartas para su madre pidiéndole fondos, y que negociase con la autoridad de su nombre el que no escaseasen los socorros, y el que apoyasen con calor los ministros del Rey su atrevida empresa (2).

Cuanto se habia trabajado por unos y otros en tan embrollado negocio lo sabia menudamente el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y seguia una activísima correspondencia con Madrid sobre todo lo que ocurria en Italia. Y como sagaz y entendido, y gran apreciador de las cosas y de las personas, creyó que la ida del duque de Guisa á Nápoles era la ocurrencia más favorable en la situacion en que se encontraba aquel reino. Conocia personalmente al jóven príncipe, y sabia que estaba mirado de mal ojo en la corte francesa, donde su audacia debia despertar recelos, y entorpecer cuando no imposibilitar los socorros, que sin estar él de por medio, hubiera dado la corte de Francia; y no ignoraba tampoco la mala voluntad del marqués de Fontenay, circunstancias todas que unidas al estado de desórden en que habia caido la rebelion, y á la envidia y temores que ya se habian despertado en el corazon del villano Annese, debian apresurar forzosamente el descrédito del duque, y con él nuevos acontecimientos, que al cabo proporcionaran el completo triunfo de las armas españolas. Con tales seguridades para lo venidero, fundadas en datos casi positivos, léjos de trabajar contra el duque de Guisa, pensó sólo el diplomático español en allanarle diestramente el camino de su perdicion: teniendo siempre al corriente de todo al señor don Juan de Austria y al duque de Arcos, que no se descuidaron, valiéndose de sus muchos confidentes, en preparar el terreno de modo que lo encontrase deleznable y resbaladizo el príncipe aventurero.

Tan feliz como habia sido el viaje de los tres comisionados de Genaro Annese, fué largo y penoso el de Francisco Patti, que llegó cuando el negocio estaba ya resuelto. Empezó sin embargo con grande actividad y sigilo sus negociaciones. Mas desengañado pronto de que el Padre Santo no daba oidos á sus propuestas, se acogió á la segunda parte de sus instrucciones, y se dirigió al embajador marqués de Fontenay. Mucho, muchísimo se alegró éste de cuanto le dijo el agente secreto; pero conoció muy luégo que llegaba tarde, y que impedir ya el viaje del de Guisa era punto ménos que imposible. Así se lo manifestó á Patti, exhortándole á que fuera á Paris para tratar directamente con la corte. Entónces el astuto abogado, consultando ante todo su propio interés, creyó que le importaba ya más servir al duque de Guisa que al maestro arcabucero. Se excusó del viaje á Paris con la falta de medios, y de credenciales é instrucciones; y se despidió del embajador, demostrándole que se resignaba con lo resuelto, supuesto que podia ser en beneficio de su patria. En seguida fué á buscar á los otros comisionados, fingiendo que acababa de llegar de Nápoles para apresurar la partida del duque; y aun tuvo la desfachatez de asegurarlo así al mismo, con las más bajas y viles adulaciones (3).

Llegaron en esto á Fiumicino catorce barcas ó falúas napolitanas destinadas para el viaje del príncipe. Este apresuró sus preparativos, y despues de mil necias publicidades, y de darse una pueril importancia, dispuso su salida de Roma con un aparato triunfal, llevando la ligereza y petulancia hasta el extremo de pasar con su comitiva y un trompeta delante, por la plaza de España, y por debajo de los balcones del conde de Oñate, que acaso al verlo desde detrás de sus vidrieras desplegaria los labios con la sonrisa de la compasion. Acompañáronlo en varios coches el marqués de Fontenay, el cardenal de Santa Cecilia, y otros señores y prelados franceses, hasta la Basílica de San Pablo, extramuros. Allí se despidieron, prosiguiendo el duque su viaje á caballo hácia el mar, con el baron de Módena y los emisarios napolitanos, llevando además en su séquito al señor de Cerizantes, como representante de Francia nombrado por el embajador, esto es de espía; á Jerónimo Fabrani en calidad de secretario, y á Agustin de Lieto con la de capitan de guardias. Cada falúa no podia contener más que dos ó tres pasajeros. El duque entró en una con sólo su ayuda de cámara, y en las otras se repartió la comitiva, dando la vela con tiempo bonancible el dia 13 de noviembre de 1647, á la media noche (4).

Al siguiente en las aguas de Ponza descubrieron esta flotilla tres galeras españolas que estaban en acecho; pero no pudieron darle caza, porque se dispersaron inmediatamente las falúas en todas direcciones; y no conociendo en la que venia el príncipe, no sabian á cuál habian de perseguir, mucho ménos desapareciendo pronto todas á favor de la noche oscurísima y borrascosa. En tanto con destreza suma y sin perder tiempo, la barca en que venia el duque, navegando tierra á tierra, y pasando entre las islas Ischia y Prócida, con rumbo á la de Capri, apareció al amanecer en el golfo; y aunque acosada por la mosquetería de los botes armados que envió don Juan de Austria á perseguirla, arribó en salvo á la torre del Grecco; de allí se trasladó inmediatamente á la playa del Cármen, recibida por el pueblo con la mayor alegría y entusiasmo.

CAPITULO XX

En punto harto crítico llegó el duque de Guisa, provisto de fantásticas esperanzas, mas bien que de efectivos recursos, á ponerse á la cabeza de un alzamiento popular, con más ruidosa apariencia, que poderosos medios de conseguir un triunfo glorioso y duradero. El movimiento que, empezando motin despreciable de muchachos contra la gabela de la fruta, llegó á ser rebelion abierta contra la dominacion española, habia recorrido en breve tiempo largo espacio, pero por terreno poco firme, y se hallaba desfallecida de su propio esfuerzo. Es verdad que todo el país estaba en armas; pero no conforme ni en la causa ni en el fin con que las empuñaba y esgrimia. Es verdad que ciento y cincuenta mil hombres, secundados por la casi totalidad de la poblacion, habian peleado, y peleado con valor heróico y con constancia tenaz, en la capital y en los alrededores; pero este número estaba ya muy disminuido, y era aun más pequeño si se contaba con él para operaciones difíciles y en regla. Y además no eran sólo aquellas tropas populares, y aquellas masas informes é indómitas de populacho los habitantes de la ciudad. Los vecinos de arraigo, los que vivian ó de empleos públicos, ó del tráfico, ó de la industria, llamados entónces *capas-negras*, y que componian la clase media del pueblo napolitano; si se alzaron contra los impuestos, ó por satisfacer resentimientos personales, ó por buscar medio de acrecentar su fortuna, estaban hartos de aquel desórden, disgustados de los excesos del populacho, desengañados de toda ilusion, deseosos de tranquilidad; y no eran enemigos de la dominacion española, creyéndola prenda única de estabilidad y de reposo. La nobleza, que no dejaba de tener poderío, y mucho peso en la balanza de los destinos del país, combatia encarnizadamente la revolucion. Y tres castillos casi inexpugnables, muchos puntos importantes de la ciudad y el dominio absoluto del mar, eran de los españoles. La conmocion duraba y crecia, porque el temor de los *capas-negras* á los asesinatos y á los incendios los tenia aterrados y retraidos, sin atreverse á comunicar entre sí y á ponerse de acuerdo por no incurrir en sospecha de los agitadores; y porque las escasas fuerzas españolas, aunque ventajosamente colocadas, no tenian poder suficiente para destruir las masas proletarias, ni para inspirar confianza bastante á la clase media, inerte, sí, pero disgustada y numerosa.

La organizacion misma de la parte militante del país no dejaba esperanza de consistencia alguna. En las provincias no era uniforme; en la ciudad, si bien habia la suficiente para pelear, no habia ninguna que la constituyese. Y ya creyéndose fiel al rey de España, ya declarándose enemiga de los españoles, ya proclamándose república, ya echándose en brazos de un príncipe extranjero, siempre era una masa de proletarios, de descontentos y de bulliciosos, armada é indomable, con un hombre cualquiera y eventualmente á la cabeza, que la empujaba más que la regia; y que la tiranizaba ó la obedecia humildemente, pasando con rapidez de señor á siervo, y de verdugo á víctima. La rebelion en fin del reino de Nápoles, que tanto ruido hacia en Europa, no podia tener por resultado la independencia, porque no tenia fuerzas propias ni físicas ni morales para conquistarla. Sólo con una escuadra superior á la de don Juan de Austria, y con tropas de desembarco suficientes para levantar el bloqueo de la capital, uniformar la opinion de las provincias, organizar el país y arrojar despues de largos sitios en regla á los españoles de las fortalezas, hubiera podido Nápoles cambiar de dominacion, pero no constituirse en estado independiente. Y esta mudanza de mano, si es que era favorable para los napolitanos, sólo podian verificarla franceses pero su cooperacion era dudosa, con la intervencion de un príncipe mal visto en la corte de Francia, temerosa de su exaltacion.

Todas estas circunstancias y las reflexiones consiguientes habian ya, como dijimos, arreglado la conducta del conde de Oñate, y marcaron al señor don Juan de Austria y al Duque virey, la que debian observar. Así que no vieron en el duque de Guisa mas que un aventurero, que si iba por lo pronto á dar calor efímero á la rebelion, iba luégo á ser un estorbo para su progreso, y acaso el medio más eficaz de su acabamiento y de su ruina. Y resolvieron mantener á toda costa las posiciones ventajosas de que eran dueños, apretar el bloqueo de la ciudad, y esperar á que los desaciertos del nuevo caudillo, y el cansancio, desórden y miseria de las masas combatientes dieran el triunfo á las armas españolas.

No pensaba lo mismo el inexperto y arrogante príncipe francés, pues sin considerar que sólo habia traido á la república en embrion una docena de aventureros por todo esfuerzo, siete ú ocho mil escudos por todo auxilio, y unos cuantos quintales de pólvora por todo socorro (5); ufano y desvanecido con el feliz éxito de la travesía, con las salvas del torreon del Cármen, con las aclamaciones del populacho, se creia ya libertador de un pueblo oprimido, fundador de una monarquía independiente, árbitro futuro de la suerte de Italia toda. Rodeado de tan lisonjeras esperanzas, y de un inmenso gentío que lo victoreaba, se dirigió á caballo á la iglesia catedral, para dar gracias de su feliz arribo al Todopoderoso; y en seguida lo llevó consigo Genaro Annese á su guarida del torreon del Cármen, para que allí viviese en su compañía, ínterin se le preparaba más digno y decoroso alojamiento (6).

No seria ciertamente muy agradable para el orgulloso príncipe francés, para el atildado petimetre de Paris, el verse tratado tan familiarmente por el zafio arcabucero, y el encontrarse en su asquerosa manida, donde aunque se veian hacinadas por los rincones vajillas de plata y oro, telas riquísimas y otros preciosos objetos robados, habia tanta inmundicia, tan pestífero olor, tales harapos, y ajuar tan pobre y tan repugnante, que la persona ménos delicada no hubiera podido permanecer allí cinco minutos. Aumentaba lo disgustoso de aquel cuartucho la desharrapada esposa del generalísimo del pueblo, que allí á su lado, desgreñada, aunque con un brial de seda, que habia sido de la duquesa de

(1) Comte de Modéne.
(2) Comte de Modéne.
(3) Comte de Modéne.
(4) Comte de Modéne. – De Santis. – Capecelatro, MS. y otros AA.
(5) De Santis.
(6) De Santis.